Dreyer C T

LUIS

Carl Theodor Dreyer

JUANA DE ARCO

En "Juana de Arco (P. 7); Dies irae (P. 85)) ; Algunos apuntes sobre el estilo cinematográfico (P. 235)" / Carl Th. Dreyer; Alianza Ed., 1969; 251 p. ; 18 cm.

< En la Biblioteca Nacional de París se encuentra uno de los documentos más famosos de la historia: el expediente del proceso de Juana de Arco.>
El film se inicia con un primer plano del expediente original del proceso contra Juana de Arco. Una mano invisible va pasando las hojas del manuscrito.
<… si repasamos estos papeles amarillentos que contienen el relato de su martirio…>
Página tras página este documento único va mostrándose a los espectadores, con sus líneas tiradas a compás, sus acotaciones marginales y los dibujos ingenuos con que los escribanos, en sus ratos de ocio, han ilustrado los márgenes.
<…veremos a Juana en persona... no a la guerrera indomable que derrotó al enemigo una y otra vez, sino a una muchacha sencillísima, humana... que murió por su país.>
Acaban de volverse las últimas páginas. Se extingue la imagen y comienza la primera escena del film que muestra
1 la prisión donde Juana aparece en oración. Se ven las losas del pavimento de la celda que ocupa Juana. Se ven también dos briznas de paja y una mano, la de Juana, que las coloca en el suelo formando una cruz.
2 Se muestran unas escenas en la iglesia en las cuales aparecen sacerdotes llevando el Sacramento.
3 Vemos a Juana en la prisión arrodillada ante su cruz de paja —esta cruz que es, entre todas la más frágil, la más sublime. Juana ora en éxtasis, a ratos prosternada sobre las losas, otros momentos arrodillada, las manos juntas y los ojos vueltos hacia el cielo. A veces su mirada parece posarse en seres invisibles para los demás, y a cada instante sus labios murmuran una breve plegaria.

4 LA IGLESIA
Un joven monje se abre camino entre las filas de sacerdotes arrodillados. Es el ujier Massieu que, portador de la citación, va a recoger a la prisionera para el primer interrogatorio.

5 LA PRISIÓN

Juana ante su crucecilla. De pronto, las dos briznas de paja comienzan a girar bajo un soplo misterioso. ¿Qué puede ser? Juana queda un instante sorprendida y vuelve a formar la cruz, y de nuevo una fuerza hostil barre la cruz arrastrando las pajas que quedan separadas en el suelo. Juana no sabe qué pensar. ¿Quién sabe si será el aliento de una de sus voces? ¿Una intervención divina? Vuelve a rehacer la cruz por segunda vez. Entonces, detrás de ella, al otro lado de la puerta, se oyen risotadas. Juana se vuelve y ve a tres soldados que, por debajo de la puerta entreabierta, han soplado con una caña larga de modo que el aire que han levantado se ha llevado su cruz.
Los soldados entran. Son merodeadores de la categoría más ínfima que se dedican al saqueo y al pillaje. No se cansan de burlarse de Juana.
6 En este momento entra el anciano carcelero, acompañado de un herrero. Juana se vuelve horrorizada y eleva hacia ellos su mirada. Al ver que el herrero lleva unas cadenas en la mano, sus ojos se llenan de lágrimas y se echa para atrás. El carcelero la sujeta fuertemente por el pie mientras que el herrero le pone los hierros.
7 Precisamente cuando el herrero está a punto de cerrar el candado entra Massieu. Es un guapo mozo de veinticinco años, de aspecto vivo y decisivo. Emana un aire de juventud, de salud y de vida. Se queda en pie cerca de la puerta hasta que todos los demás han abandonado la celda. El carcelero, que sale el último, afirma que la prisionera es la Doncella. La puerta se cierra tras el carcelero. Solo ante esta mujer que le han descrito como una bruja temible, Massieu siente miedo. No escatima oraciones ni la señal de la cruz. Viene provisto de una pequeña pila de agua bendita y de un hisopo, y desde la puerta empieza enérgicamente a rociar a Juana con el agua. Juana que se ha arrastrado hasta las tablas que constituyen su lecho, eleva hacia él unos ojos asombrados, divertidos y le dice con ligera sonrisa:
< Se puede acercar. No voy a echar a volar. >
Massieu, todo confuso, se aproxima y le pregunta si es ella Juana la Doncella y después de su respuesta afirmativa comienza a leer la citación:
<... de citar a la llamada Juana, comúnmente conocida por la Doncella, a comparecer ante nos...>
Juana se muestra pronta a seguirlo. Massieu llama al carcelero y se llevan a Juana. (La introducción entera, es decir del 1 al 7 inclusive, fue suprimida momentos antes de comenzar el rodaje)

8 LA CAPILLA

El obispo se dirige al puesto que ocupará en la presidencia del proceso. Al lado del obispo Cauchon está Lemaítre, el inquisidor, y Juan d'Estivet, promotor del proceso, y en torno a estos tres personajes los cuarenta y un prelados restantes, todos ellos expertos, duchos en el arte de extraer la confesión de los acusados.
Una mesa especial está reservada a los escribanos. Cauchon ordena que comparezca la acusada.

9 Las miradas se vuelven hacia la entrada. Todos los presentes ven a la Doncella por vez primera. El silencio en la capilla es tal que se oye el tintineo de los hierros que Juana arrastra sobre las losas.
10 Juana avanza. El sol penetra en largos haces de rayos a través de las vidrieras góticas. De improviso, Juana se encuentra en medio de uno de estos rayos y se detiene un momento. Siente todos los ojos fijos sobre ella, duros, fríos, insensibles. Durante unos segundos cede bajo el peso de estas miradas, oprimida por esta atmósfera hostil y malévola. Frente a frente, una jovencita aldeana absolutamente humana y sencilla y la flor de las lumbreras del siglo, los grandes dctores, los mejores frutos de la universidad, todas las maravillas de la cristiandad… al servicio de la inteligencia y de la muerte. Aquí toda la inocencia en persona, allí toda la eminencia, ¡Ah! con qué ojos terriblemente fijos, todos esos pontífices, todos esos ascetas y estudiosos de teología de reciente tonsura miran a esta muchacha vestida de hombre. Aquellos maestros consideran sus botas de soldado y sus cabellos rapados impúdicos y abominables. Todos como un solo hombre piensan que será cosa fácil dominar a esta criatura.
11 Con un gesto brusco, Cauchon ordena a Juana que se aproxime al banquillo.
12 Juana permanece en pie un momento delante del banquillo, débil bajo el peso de las cadenas. Luego se sienta. Su rostro está pálido y muestra las huellas del dolor y del sufrimiento. Su mirada resbala sobre estas filas de hombres de hábitos eclesiásticos —está sola y tendrá que luchar contra ellos para defender su reputación y su vida. Se inclina hacia Massieu y le dice algunas palabras en voz baja, como para recordarle una promesa. Massieu dice a Cauchon:
< La acusada os suplica humildemente que le permitáis confesarse...>
El obispo que está hojeando unos documentos que un prelado, Loyseleur, acaba de presentarle, considera un instante la petición con el inquisidor y el promotor y responde que, a causa del traje indecente que ella viste, se ve obligado a rehusarle ese favor.
13 El obispo abre la sesión, se vuelve a Juana y se dispone a tomarle juramento haciendo una seña para que traigan los Santos Evangelios. Traen el libro ante Juana que se arrodilla, pone las manos sobre él y dice:
< Juro sobre los Santos Evangelios decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad acerca de la misión que me ha sido encomendada por el Rey del Cielo.
14 Silencio en la sala. Durante este silencio una puertecita que pone en comunicación la capilla con el castillo contiguo se abre y Warwick, gobernador y general inglés al mando de las tropas de ocupación, entra. Se comprende que es un personaje importante a juzgar por el respeto que le muestran los soldados en torno. Él es el verdadero motor del proceso aunque no lo parezca. Ha venido a activar su desarrollo, pero se queda entre bastidores, igual que el amo de casa perfecto que vela a distancia para que

todo vaya como es debido. Por el momento se queda en pie junto a la puerta; más tarde pasará adelante ocultándose tras las columnas. En un momento determinado se le verá conversar con Loyseleur.

15 Mientras tanto Juana ha vuelto a ocupar su puesto, y el interrogatorio empieza. Cauchon le pregunta cómo se llama. Ella responde:

<*En mi casa me llamaban Juanita… Aquí me llaman Juana.*>

16 Cauchon le pregunta la edad. Juana reflexiona y cuenta con los dedos:

< *Diecinueve años... me parece.*>

17 Cauchon, después de una sonrisa al que tiene al lado, pregunta otra vez:

< *Sabes recitar el Padre Nuestro?*>

Juana mueve la cabeza afirmativamente. Los recuerdos de la infancia llenan su memoria. Las lágrimas le vienen a los ojos, y cuando Cauchon pregunta:

<*¿Quién te lo ha enseñado?*>

ella, sofocada por los sollozos que se le agolpan en la garganta, apenas consigue hablar. Responde con una voz tan baja que nadie le oye:

< *Mi madre...* >

18 Juan d'Estivet, el fiscal, murmura al oído de Cauchon:

< *¡Decidle que recite el Padre Nuestro!*>

Si rehúsa, será una prueba de que está poseída por el diablo. Cauchon acepta la sugerencia y lo hace así. Juana se niega. Juan d'Estivet y Cauchon cambian una mirada. Cauchon insiste para convencer a Juana que continúa negándose por temor a que los recuerdos de su madre y de su casa de Domrémy le abrumen.

Cauchon sigue insistiendo: tiene que recitar el Padre Nuestro en el acto e incondicionalmente. Juana vuelve a negarse.

19 Cauchon la reprende por su obstinación y el juez instructor se hace cargo de la dirección
del interrogatorio por indicación de Cauchon. El juez se inclina y comienza así:

< *¿Tú dices que eres la enviada de Dios?* >

Juana hace una señal afirmativa con la ca beza y agrega:

< *Para salvar a Francia.*>

Risotadas de los jueces. Los ojos de Juana están vueltos hacia el cielo como si éste le diera valor y le inspirara las palabras oportunas. Su mirada, colmada de la visión celestial, tiene algo de sobrenatural cuando responde:

< *Por eso nací.*>

Nuevas risas burlonas por parte de los jueces. El instructor consulta con otros jueces. De sus expresiones se desprende que se disponen a hacer caer a Juana en una nueva trampa.

20 Por fin, el juez instructor pregunta:

< *¿Conque crees que Dios odia a los ingleses?* >

Juana no comprende al pronto la pregunta y el juez instructor la tiene que repetir. A continuación Juana da una de sus acertadas respuestas:

< *Del amor o del odio que Dios pueda sentir por los ingeses, yo no sé*

nada...>
21 La decepción se refleja en el rostro de los jueces. Juana continúa con una fuerza que revela un nuevo rango de su carácter y volviendo la mirada hacia los soldados ingleses dice:
< *Pero lo que sí sé es* que todos los ingleses serán expulsados de Francia... >
Los soldados se agitan y protestan. ¿Por qué se le permite a Juana insultar a Inglaterra? Pero Juana prosigue con firmeza:
<*... excepto aquellos que morirán aquí.* >
Los soldados están furiosos. No consiguen dominarse por más tiempo. Uno de ellos se lanza sobre la acusada. Massieu sale a su defensa. Pero Cauchon interviene y ordena silencio; es precisa toda su autoridad para restablecer la calma entre los jueces. El interrogatorio sigue.
22 Cauchon pregunta:
< *Has dicho que se te ha aparecido San Miguel... ¿Cómo le has saludado?* >
Juana explica que siempre saludó a San Miguel como hay que saludar a los santos. Uno de los jueces le dice que lo muestre.
23 Con ingenuidad conmovedora Juana se arrodilla, hace como si se quitara el gorro y hace una reverencia de acatamiento ante el santo imaginado. Juana se alza mientras los jueces hablan entre ellos.
24 Cauchon prosigue:
< *¿Y qué aspecto tenía?*>
Juana no capta la pregunta. La mitad de los jueces gritan al mismo tiempo. Centenares de preguntas vuelan por la sala: ¿Tenía alas? ¿Su cabeza era la de un ser humano? ¿Llevaba corona? Bajo esta avalancha de preguntas Juana hace un gesto para significar que no puede contestar a todos al mismo tiempo.
25 Cuando, al fin, se restablece un poco de calma, Cauchon precisa más su pregunta:
< *¿Cómo estaba vestido San Miguel?*>
Pero Juana no le contesta.
26 Se ve a un viejo canónigo levantarse, avanzar hacia el obispo y hablarle al oído. Toda su persona emana algo turbio. El obispo hace un signo de asentimiento y, volviéndose a la Doncella, pregunta:
< *¿Y cómo sabes que la persona que has visto era hombre o mujer?* >
Juana calla. Se da cuenta de que se le está preparando una nueva trampa.
27 Cauchon no quiere perder el terreno ganado. Hace otra pregunta:
< *¿Estaba desnudo?*>
Todos los oídos se tienden para escuchar la respuesta porque ahora Juana tiene que contestar. Y Juana vuelve a dar una de sus contestaciones inspiradas y prudentes:
< *¿Creéis que Dios no iba a tener con qué vestirlo?* >
28 Cauchon comprende que su insidia ha sido en vano. No obstante prosigue:
< *¿Tenía cabellos?* >
Pero Juana que ahora nota que pisa terreno firme responde con tono ingenuo y

sonriente:
< *¿Y por qué se los había de cortar?* >
29 Cauchon comprende que de este modo no adelanta nada con ella. Discute con los que tiene más cerca y luego cede la palabra al juez instructor que inicia un interrogatorio respecto a la ropa que lleva Juana.
< *¿Por qué te has vestido de hombre?* >
Juana se niega a contestar repetidas veces y permanece inmóvil, rígida como una estatua.
El juez dice:
< *¿Quieres un vestido de mujer?*
30 Massieu se inclina hacia ella y le aconseja que acepte la proposición, cosa que a él le parece sencillísima. Pero Juana lo mira con el aire de quien está en posesión de un secreto importante y contesta al juez que no. Y cuando éste quiere conocer el motivo de su negativa y la presiona en este sentido, Juana le contesta:
< Cuando haya llevado a término la misión encomendada por Dios, volveré á usar los vestidos de mujer. >
Murmullos entre los jueces—
31 señal de que se está preparando alguna trampa. A continuación uno de ellos dice a Juana:
< *¿Entonces es Dios quien te ha ordenado vestir esas ropas masculinas?* >
Juana contesta sin vacilación:
< *¡Sí!* >
Uno tras otro los jueces sonríen en señal de triunfo.
32 El fiscal, Juan d'Estivet, satisfecho de sí mismo, toma apuntes. Seguidamente se inclina sobre su cátedra y pregunta con tono hipócrita y sonriente:
< *¿Y qué recompensa esperas obtener de Nuestro Señor?* >
33 Juana, cuya expresión es la de una santa, cruza las manos sobre el pecho y, elevando los ojos al cielo, dice:
< *¡La salvación de mi alma!* >
Permanece sentada y a juzgar por su mirada
se diría que está viendo el paraíso.
34 Pero Juan d'Estivet no consigue dominarse. Se levanta, se aproxima a ella y le escupe en el rostro:
< *¿No te das cuenta de que estás blasfemando?* >
Vuelve a su puesto, pero Juana conserva en el semblante la expresión de estar bien lejos de este mundo. Durante toda la sesión se ha visto de vez en cuando a dos jueces —Nicolás de Houppeville y Martín Ladvenu— dar pruebas de simpatía hacia la acusada.
35 Ante este último acto de violencia del fiscal, Houppeville no se puede dominar. Extremadamente irritado se levanta y exclama:
< *Esto es indigno...*>
Todo el auditorio se vuelve hacia él lleno de estupor, pero él continúa sin

temor:
<...¡esto es una persecución! >
36 Deja su sitio mientras Ladvenu intenta retenerlo y se planta ante el obispo diciéndole:
< ¡Se está tratando a esta mujer no como a una acusada sino como a una enemiga! >
37 Después lanza hacia Juana una mirada llena de ternura. Ella está en este momento enjugándose la mejilla sobre la cual han quedado algunos gotas de la saliva de Juan d'Estivet.
Houppeville continúa:
< ¡En mi opinión es una santa! >
Va hacia ella, se arrodilla y se dirige hacia la puerta para salir.
38 Warwick, que ha seguido este incidente con expresión atenta e impenetrable, desliza una orden a uno de sus oficiales que se alza y atraviesa la capilla siguiendo a Houppeville.
39 Una vez llegado al pórtico, el oficial se hace acompañar de dos soldados y sale detrás de Houppeville.
Comprendiendo cuál será la suerte de Houppeville cada uno de los jueces presentes se siente invadido por el terror. Reina en la sala un silencio frío y lleno de inquietud.
40 Paul Jorge se dispone a levantarse para aclarar el significado de lo acaecido.
41 Cauchon lo detiene con un gesto, ordenando que continúe la sesión. Pregunta a Juana:
< ¿Te ha hecho Dios alguna promesa? >
Medio ausente, Juana hace signos de que sí. Cauchon la apremia para conocer la naturaleza de esta promesa.
< ¿No podrías decirnos lo que Dios te ha prometido? >
Pregunta Cauchon con la más afable de las sonrisas. Pero Juana sacude la cabeza. Cauchon trata de persuadirla:
< ¡Tienes que decírnoslo todo! >
Juana se niega y contesta:
< ¡Esto no tiene nada que ver con vuestro proceso! >
42 Cauchon afirma lo contrario y Juana le pide que consulte con los asesores. Cauchon se vuelve hacia los jueces e interroga:
< ¿Tiene interés esta pregunta para el proceso? >
Invita a los que crean que sí a levantar el brazo. Casi todos lo hacen. Luego llega el turno a los que piensan que no. No hay más que uno: Ladvenu, pero éste también, al darse cuenta de que está solo, se apresura a bajar la mano.
43 Y Cauchon puede decir a Juana que puesto que todos están de acuerdo en que la pregunta atañe al proceso, es preciso que responda. Repite, pues, la pregunta:
< ¿Qué es lo que Dios te ha prometido? >
Juana no responde.

44 Cauchon continúa:
< ¿Te ha dicho Dios que te libertará de prisión? >
Juana hace un signo afirmativo con la cabeza. Dalleu habla en voz baja con Couchon y a continuación éste pregunta:
< ¿Cuándo? >
Después de permanecer algún tiempo pensativa Juana contesta:
< No conozco el día ni la hora >
Nuevo cambio de imrpesiones entre Cauchon y d'Estivet. A continuación Cauchon hace señal a Massieu de que la acusada sea devuelta a la prisión. Juana se levanta para salir.
45 Después de haber dado algunos pasos se vuelve y ruega:
< ¿No se me podría dispensar de llevar estas cadenas? >
Cauchon no ve motivo alguno para ceder a su petición. No obstante aprovecha la oportunidad para poner una condición, condición que sabe muy bien que nunca será aceptada. Dice:
< ¿Vas a jurar que no volverás a tomar las armas contra Inglaterra? >
46 Juana contesta sin vacilación:
< ¡No!>
Seguidamente se le hace salir. Sus cadenas resuenan contra las losas del pavimento. Mientras se llevan a Juana los jueces se levantan de sus sitios.
47 Se van agrupando según las amistades, según las órdenes. Se ven grupos de dominicos, de canónigos, de órdenes mendicantes. Todos charlan, cuchichean. Un revoloteo de hábitos, estameñas, capuchas, birretes y solideos. Un anciano abad obeso por aquí, un joven monje flaco por allá. Reverencias respetuosas, sonrisas evangélicas, risotadas. Los chistosos, reconocidos por los labios finos y las piernas flacas, van de un grupo a otro. Al fondo bachilleres imberbes, graves como papas, discuten hasta perder el aliento. Pero alrededor de la mesa de los jueces una deliberación tiene lugar. Toman parte en ella Cauchon, Lemaítre, Juan d'Estivet, el erudito Tomás de Courcelles, Loyseleur, Beaupère, Pierre Maurice, Martin Ladvenu y Warwick. Este último permanece algo retirado, como si quisiera subrayar que él no toma parte en la conjura, pero se comprende que es él quien tiene la última palabra. Se está deliberando acerca del procedimiento que se ha de adoptar. Se trata de conseguir que Juana quede lo antes posible comprometida de manera decisiva. Loyseleur expone un proyecto que la mayoría de los jueces aprueban. Se interroga a Warwick y la respuesta es afirmativa. Dan una orden a un secretario que seguidamente se aleja.

48 LA RPISIÓN
Massieu ha vuelto a encerrar a Juana. La puerta se cierra tras ella que se derrumba vencida por la fatiga. Se sienta sobre el lecho. Ante los jueces logró contener las lágrimas. Ahora que está sola siente brotar de sus ojos el llanto contenido hasta entonces.

49 LA CAPILLA

Las deliberaciones duran todavía. Loyseleur está dictando a los escribanos. De vez en cuando uno de los jueces interviene con una palabra o una propuesta.

50 LA PRISIÓN

Juana llora aún estremecida por los sollozos. De pronto ve una cruz que lentamente se va dibujando a sus pies. Es la sombra que proyecta la reja de la ventana. Juana conoce esta cruz y la ama. Vuelve a aparecer cada vez que se siente sola y triste. No duda de que sea Dios que de este modo le envía consuelo y ánimo. Se seca los ojos y saca de un escondrijo una labor con la cual ocupa manos y pensamientos cuando no tiene cerca a sus perseguidores. Es una corona de paja trenzada sencillísima, bonita e ingenua. Bien pronto Juana está completamente absorta en esta labor a la cual dedica todo su amor. Es Juana de Domrémy que "para hilar y coser no hay quien la aventaje en Rouen". De vez en cuando mira la cruz del pavimento.

51 La deliberación en la capilla. Loyseleur finaliza su dictado. El escribano lee en voz alta.

52 LA PRISIÓN

No seve más que las manos de Juana que teje su corona. El encuadre está hehco de manera que presenta, simultáneamente, la corona y la cruz sobre el pavimento.

53 La deliberación en la capilla. El escribano termina la lectura que se aprueba. Mientras tanto el secretario regresa. Tiende a Warwick un documento y este lo hace circular. El documento pasa de mano en mano hasta llegar al escribano.

54 En el pequeño vestíbulo de la prisión conde Juana se encuentra encerrada. Los soldados de la guardia juegan con un perrito de raza inglesa. Una anciana sirvienta lleva una escudilla de barro con la comida para Juana. Uno de los soldados se apodera de la escudilla, entra con ella, escoge el mejor trozo de carne y se lo da al perro que lo traga y lame los dedos del soldado. Cone sos mismos dedos el soldado escoge otro pedazo y se lo da también.

55 Se presenta una breve escena de las deliberaciones consiguientes a dos documentos. Una mano –la del escribano– copia la firma de un documento al otro.

56 LA PRISIÓN

El soldado seguido del perro entra con la comida para Juana. Otros dos soldados aparecen a la puerta ya que estos desalmados no pierden la mejor ocasión de atormentar a su víctima. Al tender el alimento a Juana, el soldado ve que lleva una anillo. Se lo pide, pero ella le suplica que se lo deje conservar; es el anillo de su madre. El soldado, no obstante, insiste y se lo arrebata a la fuerza, para lo cual llama a los otros dos en su ayuda y deja la comida en el suelo, de lo cual naturalmente se aprovecha el perro para comérselo todo.

57 En el momento en que el primer soldado ha logrado arrancar el anillo

del dedo de Juana, Loyseleur aparece en la puerta que había quedado abierta. Parece indignarse sinceramente a la vista de los malos tratos que los tres villanos están dando a la prisionera. Los soldados se han vuelto. Tienen miedo. Loyseleur les amenaza y se dirige a grandes zancadas hacia el soldado que ha quitado el anillo y se lo hace entregar al propio Loyseleur que ordena a los tres agresores salir de allí.

58 Loyseleur cierra la puerta. Se queda solo con Juana. Observa todos los rincones y se aproxima a ella que lo mira con profunda sorpresa mezclada de agradecimiento porque, al fin y al cabo, le ha defendido contra la maldad de la soldadesca. El permanece en pie a unos pasos de ella y con expresión de seriedad y simpatía le dice:

< *Siento una gran compasión por ti* >

Una tenue sonrisa se dibuja en los labios de Juana pero su expresión de sorpresa no desaparece.

59 Loyseleur se para cerca de la cruz. Cuando adelanta el pie para acercarse a Juana la cruz desaparece, pero Juana no lo advierte. Sse está preguntando el motivo de la visita de este prelado. Loyseleur, que está ya junto a ella, le devuelve el anillo que ella toma agradecida al mismo tiempo que vuelve a fijar la mirada en él a quien antes había visto entre los jueces.

60 Finalmente Loyseleur le dice en voz baja:

< *¿Conoces la firma de tu rey?* >

Juana asiente, pero sigue sin comprender la finalidad de esta visita. Loyseleur saca una carta de la capucha y la entrega a Juana. Ella la toma y sonríe para expresar que reconoce la firma de Carlos VII. A continuación devuelve la carta diciendo:

< *No sé leer.* >

61 Loyseleur le lee la carta concebida en esto términos:

< *A nuestra querida y bienamada Juana. El rey Carlos te hace saber que se prepara a marchar sobre Rouen con un gran ejército. Te envía un sacerdote fiel que te ayudará. Ten confianza en él.* >

El reflejo de una profunda alegría brilla en los ojos de Juana. Durante la lectura su rostro se ilumina. Sonríe mientras Loyseleur, pálido e inmóvil, la observa desde su puesto donde permanece en pie. La contempla fijamente con mirada de serpiente. Mientras tanto Juana, con una sonrisa lejana, permanece profundamente absorta en sus pensamientos gozosos.

62 Loyseleur, de repente, levanta la cabeza y aguza el oído. Pared por medio con la celda hay una cámara secreta. A través de una grieta estrecha, aquel que se encuentra oculto allí puede ver y oír todo lo que sucede en la celda. Alternando con la última secuencia entre Loyseleur y Juana aparecen primeros planos de Cauchon, que observa y escucha desde el escondite.

63 Loyseleur se aparta de Juana y se dirige hacia el refugio que conoce bien. Cuando llega a la grieta él y Cauchon se miran. Se ve por separado, a través de la grieta, el ojo de Cauchon, enorme y severo, y luego el de Loyseleur, pequeño, maligno, semicerrado. Loyseleur descubre la corona y

exclama:
< *Tu corona de martirio.* >
Seguidamente se vuelve hacia Juana que continúa sentada, con la carta de su rey en la mano, y se ofrece a confesarla.
64 Juana, radiante, vuelve la mirada hacia él. Casi no se atreve a creer en tanta dicha. Le hace una graciosa reverencia y se arrodilla ante él, las manos juntas en una actitud llena de gracia que recuerda la de un niño culpable. El le recomienda que hable francamente, puesto que ahora no está ante sus jueces sino ante su rey. ¡Dios le escucha!
65 Juana confiesa sus pecados como una niña de escuela recita la lección. Desde su escondite Cauchon y sus compañeros siguen atentamente la escena. El escribano toma nota de cada palabra en el libro-registro que tiene sobre las rodillas, pero es evidente que no se trata de nada importante a pesar de que las preguntas de Loyseleur estén hechas de manera muy hábil. Por eso no transcurre mucho tiempo sin que Loyseleur, con una sonrisa meliflua, murmure apresuradamente la fórmula de la absolución. Trazando sobre la muchacha la señal de la cruz se levanta.
66 Cauchon y su séquito han abandonado su escondrijo y ahora entran en la celda. Los soldados les traen las sillas y una mesa para el escribano. Los jueces se acomodan en torno a Juana, unos sentados, otros de pie. Loyseleur se coloca detrás de Cauchon. Además de los jueces está presente Massieu.
67 Cauchon hace un ademán hacia Lemaître que dice a Juana:
< *¿Tú afirmas ser hija de Dios?* >
Juana asiente y Lemaítre continúa:
< *Entonces ¿por qué te niegas a recitar el Padre Nuestro?*>
Juana permanece algún tiempo inmóvil. Los jueces la contemplan fijamente. Parece como si en Juana se hubiese producido un cambio visible. Su rostro se ilumina. Una luz divina se difunde por su cara, junta las manos y comienza a orar. La imagen de esta muchacha, casi una niña que se dirige a Dios con sencillez encantadora, no deja de impresionar a algunos de los jueces, especialmente a Massieu que, dada la dulzura de su carácter, apenas si logra retener las lágrimas. Juana ha recitado el Padre Nuestro. Por consiguiente, Juan d'Estivet se ve obligado a retirar este punto clave de la acusación.
68 Lemaltre continúa el interrogatorio:
<*¿Te ha dicho Dios que serás liberada de la prisión?*>
Juana, sonriente, lanza una mirada secreta y confidencial a Loyseleur que responde con un guiño de complicidad. Luego ella contesta:
< *Sí... y por medio de una gran victoria.*>
69 Los jueces quedan sorprendidos y le piden que precise exactamente lo que sabe y cómo lo ha sabido. Pero Juana responde:
< *Yo sé que Dios vendrá pronto a socorrerme con un milagro.*>
70 Juan d'Estivet se apresura a tomar nota de esta importante afirmación. En gran secreto estrecha la mano de Loyseleur con reconocimiento. Cauchon, Lemaltre y algún otro juez se reúnen en consejo.

71 Lemaltre se inclina hacia delante y empieza a preguntar:
<*¿Te ha prometido Dios que al fin irás al cielo?*>
Instintivamente Juana ha sentido que se le tiende un lazo. En su indecisión busca auxilio en Loyseleur que con una débil sonrisa le hace señas de contestar afirmativamente. Lemaître está satisfecho de su respuesta pero se abstiene de mostrar su satisfacción, y con tono casi indiferente, dice:
<*¿Entonces estás segura de salvarte?*>
72 Juana recurre de nuevo al consejo de Loyseleur que hace el mismo signo que antes. Juana contesta que sí.
Massieu tiene la mirada pendiente de los labios de Juana y cuando ella contesta que sí él, olvidando dónde se encuentra, olvidando incluso que Cauchon está a su lado, casi inconscientemente dice a Juana:
<*¿Te das cuenta de que esta es una respuesta sumamente importante?* >
Cauchon se lanza sobre Massieu gritando:
< *¡Más vale que te calles*!>
Massieu quiere explicarse, pero Cauchon le corta y da orden de continuar el interrogatorio.
73 Lemaítre plantea inmediatamente su pregunta siguiente, una más de la larga serie que tiene preparadas de antemano y que están ingeniosamente concatenadas. Interroga:
< *Puesto que estás tan segura de salvarte, ¿qué necesidad tienes de confesarte?* >
Juana se debate ya entre las mallas de la red. Presiente que la respuesta puede serle fatal. Como un animal perseguido busca el más pequeño resquicio por donde escapar a sus perseguidores. Los jueces la miran con fijeza. Los únicos cuya mirada revela simpatía y compasión son Ladvenu y Massieu. Loyseleur, viendo que todo se va desarrollando de acuerdo con sus cálculos, roza ligeramente la rodilla de Cauchon.
74 Después de una pausa, Lemaître juzga que ha llegado el momento de hacer la última pregunta, en la cual ha de culminar toda su obra:
< *¿Estás en estado de gracia?* >
Durante unos instantes el silencio es tan intenso que podría oírse el vuelo de una mosca. Juana busca la mirada de Loyseleur que evita hábilmente sus ojos suplicantes. Es evidente que Juana se siente desfallecer y no sabe qué contestar.
75 Entonces el recto y honrado Massieu se adelanta y grita:
< *Juana, no contestes... esta pregunta es demasiado peligrosa...* >
En el paroxismo de la cólera, Cauchon se levanta con todo su poderío y exclama:
< *¡Pero cállate, por mil diablos!*>
Masieu se defiende. Declara que nadie tiene derecho a hacer semejante pregunta a un acusado, máxime cuando se trata de una muchacha abandonada a sí misma y sin consejero alguno. Pero Cauchon no admite rebeliones; Massieu es obligado a arrodillarse y pedir excusas inmediatamente y se puede

dar por satisfecho de no correr la misma suerte que de Houppeville.
76 Una vez que la calma se ha restablecido Cauchon da orden de continuar el interrogatorio. Aún encolerizado Lemaitre pregunta:
< ¡Responde, pues! ¿Estás en estado de gracia? >
Juana abre la boca para responder, pero parece reflexionar una vez más, calla, mira, en dirección a Loyseleur que parece perdido en sus propios pensamientos. La abandona a su destino. Según su opinión, ella es ya una presa tan segura que, tanto si contesta como si no, en cualquier caso será condenada. Pero una vez dueña de sí misma, Juana da esta admirable respuesta:
< Si no lo estoy, ¡que Dios tenga la misericordia de darme su gracia! Y si lo estoy, ¡que Dios quiera conservármela!>
77 Juana ha roto el cerco de sus perseguidores. Lo nota y sonríe. Mientras tanto sus jueces, que llevan ya tiempo esperando con expresión ávida que la presa caiga en la trampa para lanzarse sobre ella, no saben, de repente, qué decir. Se miran unos a otros con estupor. Algunos hacen inconscientemente la señal de la cruz. Loyseleur es, sin duda, el más estupefacto. Todos sienten la impresión de haber sufrido una derrota. La batalla está perdida, es preciso ganar otra. Una breve consulta tiene lugar. Los jueces se levantan para salir.
78 Juana se arroja a los pies de Cauchon y, estrechándole las rodillas, le suplica:
< Se lo ruego, ¡permítame oír la Misa! >
Cauchon la rechaza violentamente de tal manera que la lanza contra el lecho. Ella se queda en el suelo.
79 Loyseleur se acerca vivamente a Cauchon y le dice algo al oído, algo que ilumina su expresión. Este, en voz baja, pone a los otros jueces al corriente del plan de Loyseleur. Luego se aproxima a Juana y le dice con su voz más suave:
< Juana, si se te permitiese oír Misa... >
Juana mira a Cauchon. Una lucecita de esperanza y de expectación brilla ya en sus ojos. Cauchon continúa:
<... ¿consentirías en dejar tus ropas de hombre?>
Al oír esta condición Juana pierde su fugaz esperanza. Su expresión indica la más profunda decepción. Los jueces repiten la pregunta de Cauchon pero Juana rehúsa la oferta. Alguien le ayuda a levantarse. Ella se sienta sobre la cama, mientras todos los sectores insisten en su intento de convencerla diciendo que, por un beneficio tan grande y para satisfacer los sentimientos de devoción que parecen animarla, es menErard adopte las vestiduras que más conviene a su sexo.
80 Cauchon dice por fin:
< Entonces ¿prefieres conservar el traje de hombre que oír la Misa?>
Juana explica llorando que no está en su poder hacer otra cosa:
< No puedo hacerlo, no está en mi mano...>
Y no pudiendo controlar la propia cólera,
Cauchon persiste:

<*... este traje impúdico...*>
Juana trata en vano de explicarse: este traje no carga su alma de pecado, el hecho de llevarlo no es contrarío a las leyes de la Iglesia. Sin tener en cuenta sus explicaciones Cauchon prosigue:
<*... abominable a los ojos de Dios...* >
Juana se retuerce bajo estos reproches. Le implora que tenga piedad, pero Cauchon sigue azotándola sin misericordia:
<*... no eres hija de Dios...* >
Juana llora y gime, pero Cauchon no conoce la compasión.
81 Bajando la voz e inclinándose cerquísima de ella Cauchon pronuncia como en un silbido:
<*... ¡eres una esclava de Satanás!* >
Juana lanza un grito y se derrumba.
Los jueces la miran unos instantes, Ladvenu con simpatía. Luego Cauchon se vuelve a Massieu y dice:
<*¡Vete a preparar el tormento!*>
Massieu no quiere dar crédito a sus oídos. ¿Es posible que quieran dar tormento a esta criatura? Pero una mirada de Cauchon le impide hacer observación alguna. Sale dirigiendo una mirada compasiva hacia Juana.
82 Los soldados que han asistido al interrogatorio le acompañan y en el vestíbulo lo llenan de injurias: «¿Por qué le hacías tantas señas y le dabas consejos?» Y prometen arrojarlo al Sena si aquello se repite.

83 LA PRISIÓN
Los jueces dejan sola a Juana. Loyseleur es el último en salir. Antes de dejar la celda se acerca a Juana, le acaricia compasivamente los cabellos diciendo:
< *No te turbes, hijita, ten confianza en Dios. El no te abandonará.*>
Juana vuelve el rostro inundado de lágrimas hacia él, agradecida desde lo profundo de su corazón por estas palabras afectuosas y le besa la mano.
Loyseleur se aleja. Juana queda sola un breve instante. Luego los soldados entran para burlarse de ella como de costumbre. Se acercan, pero Juana no les presta atención. Uno de ellos le hace cosquillas en el oído con una pajita. Juana se incorpora con dificultad y se sienta sobre el lecho. Al aproximarse, el soldado descubre la corona de paja. La recoge riéndose, la hace girar entre los dedos y acaba por colocarla sobre la cabeza de Juana. Escandalizada por algo que le parece una especie de sacrilegio, ella se la quita rápidamente y la vuelve a poner sobre la cama, pero el soldado se enfada y se la vuelve a colocar dándole unas bofetadas. Retrocede para contemplarla mejor por el hueco de su mano.
84 Los demás soldados se ríen con vileza y gritan, burlándose de ella:
< *¿No es cierto que parece una hija de Dios?* >
Otro de ellos toma una flecha de su carcaj y se la pone entre las manos. Ella acepta todo pasivamente; no opone resistencia alguna. Un tercer soldado toma un cubo de agua y rocía a Juana con los dedos. Los tres le hacen una

reverencia como a una santa y acaban incluso por arrodillarse ante ella diciendo:
<*¡Santa Juana, ruega por nosotros!*>
Luego, andando hacia atrás y haciendo inclinaciones, salen.
Juana se queda sola un instante. Sin cambiar de posición ora silenciosamente a Dios. Pide al Omnipotente que le dé la fuerza y el valor de soportar la prueba del tormento.
85 En este momento entra Massieu que viene a buscarla para llevarla al tormento. Queda sorprendido de encontrarla engalanada de aquel modo. La consuela como puede y se la lleva.

86 EL LOGAR DEL TORMENTO
Los jueces ya han llegado y se están instalando. Presentes se encuentran también Pedro Cauchon, Lemaítre y nueve doctores y prelados. Los dos ejecutores, Manger Leparmentier y su ayudante, están poniendo en condiciones los instrumentos y haciendo los demás preparativos necesarios.
87 Massieu entra con Juana. Se da a esta la orden de acercarse. Cauchon manda a uno de los jueces más jóvenes que traiga un taburete para Juana.
88 El juez le ayuda a sentarse diciendo:
< *Mira bien a todos estos hombres benignos y compasivos...*>
y con un ademán indica a Cauchon rodeado de sus ayudantes. No hay ni un solo semblante que muestre simpatía a la acusada. El juez continúa:
<... ¿no crees que estos eruditos doctores serán más sabios que tú? >
89 Juana, con el espíritu medio ausente, hace un signo afirmativo con la cabeza. El juez se regocija de haber tenido tan buena ocurrencia y se dispone a reprenderla cuando Juana interrumpe:
<*... pero Dios es todavía más sabio.* >
El juez que se había dirigido a Juana como si hablara a una niña obstinada que no atiende a razones, alza los hombros y abandona la partida. No hay nada que hacer ante el orgullo de esta mujer.
90 Cauchon, espantado por semejante obstinación, se cubre el rostro con las manos y, sentado como está, se inclina hacia adelante y afirma con energía:
< *¿Y si te decimos que tus revelaciones no vienen de Dios como tú crees...*>
Juana eleva repentinamente los ojos como si no lograra creer sus propios oídos y examina una por una las caras de los jueces. Cauchon prosigue:
<*... sino que son enviadas por el diablo que busca la perdición de tu alma?*>
Durante unos instantes Juana permanece absorta en profundos pensamientos. Luego lentamente una sonrisa se va dibujando en sus labios. Sacude la cabeza casi sin darse cuenta y vuelve a sonreír. Es evidente que el diablo no tiene poder alguno sobre ella, ni lo tendrá jamás.
91 Uno de los jueces le pregunta:
< *Si el diablo tomara la forma de un ángel, ¿cómo harías para reconocer si es un ángel bueno o malo?*>
Momentáneamente la sonrisa se apaga en los labios de Juana que no contesta.

Cauchon la mira largo tiempo. Luego dice:
< *No ha sido San Miguel, sino Satanás, ante quien te has arrodillado.* >
Juana encuentra la idea tan cómica que le brota la risa. No logra contenerla; no es una risa de desafío sino la risa espontánea de una persona sana. Pero Cauchon se ofende. Golpea la mesa. Juana ya no se ríe. Cauchon la mira fijamente un momento sin decir nada. Un silencio absoluto llena la sala.
92 Cauchon se levanta, se acerca a Juana con ademán lleno de dignidad e, inclinándose hacia ella, le dice:
< *¿Cómo puedes creer que es Dios quien guía tus pasos, cuando ni siquiera te das cuenta del abismo que se abre bajo tus pies?*>
Juana vuelve a ponerse seria. Cauchon continúa, articulando cada vez con mayor énfasis las palabras y las frases:
< *¿No ves que es el diablo el que te ha hecho perder la cabeza...*>
Después de una breve pausa Cauchon prosigue:
<*...el que te ha engañado...* >
Otra corta pausa:
<*... y traicionado?...*>
Se ha producido un cambio en Juana. Según Cauchon le habla, ella se va dando cuenta de que siente dudas. Dios le ha prometido liberarla. ¿Por qué no cumple Dios la promesa que le ha hecho? ¿Por qué la deja sola frente a todos estos eclesiásticos, estos sabios doctores? Se pregunta si tiene el derecho de hablar como lo está haciendo ante todos estos hombres expertos y cultos. ¿Será verdad que está llena de orgullo? ¿Que haya sido el mismo diablo el que le ha inspirado y le ha dicho todo lo que ella creía que provenía de Dios?
93 Cauchon, conocedor del ser humano, no tiene ninguna dificultad en captar lo que sucede en el corazón de la muchacha. Mientras ella se debate entre las dudas, él da orden de que coloquen una mesita ante ella. Deja un documento sobre la mesa y pone una pluma en la mano de Juana. Esta, medio ausente, se deja hacer, pero cuando Cauchon la manda firmar, contesta que no sabe leer. Cauchon ordena al escribano que lea en voz alta la declaración.
<*... Me declaro culpable de los delitos que me son imputados, los cuales he cometido bajo el influjo diabólico. Admito que mis revelaciones eran dictadas por el demonio y estoy dispuesta a volver al camino de la verdad y a retractarme ante el mundo...*>
Cuando el escribano ha terminado la lectura Cauchon exhorta a Juana a firmar el documento y añade:
< *La Iglesia te abre sus brazos....* >
Por la expresión de Juana se desprende que está a punto de vencer sus dudas. La confianza en Dios y la fe en su misión vuelven a ganar terreno. Cauchon amenazante:
<*... pero si rehusas, la Iglesia te abandonará y te quedarás sola...*>
Juana ha superado la crisis. Ahora ve de nuevo con toda claridad la ruta que debe seguir. Con mucha calma deja la pluma. Dándose cuenta, Cauchon vocifera:

<... sola...>
Pero una luz celestial resplandece en el rostro de Juana que sonríe. Con la mirada en lo alto exclama:
<... ¡Sola - con Dios!>
95 Cauchon, viendo que la presa se le va de las manos, redobla los esfuerzos y despliega toda su capacidad de persuasión. ¿No sabe que la Iglesia tiene medios para obligarla? ¿No conoce los secretos del tormento? Las amenazas de Cauchon no producen efecto alguno sobre ella que se siente segura cerca de su Dios. Su rostro está radiante de belleza y de lucidez cuando exclama:
< ¡Prefiero morir que renegar de lo que Dios me ha ordenado hacer!>
Irritado por la obstinación de Juana, Cauchon acaba por perder la paciencia. Da la orden de que sea conducida al tormento. Mientras los verdugos se encargan de ella, los jueces se agrupan.
Se muestran a Juana, uno a uno, los instrumentos de tortura. Ella pasa por delante entre dos verdugos, mirando detenidamente cada instrumento con un escalofrío de angustia. De vez en cuando un verdugo le explica con un gesto el funcionamiento de los instrumentos. Pretenden intimidarla.
Cuando los verdugos han terminado su labor y la tortura ya puede comenzar, Cauchon se acerca a Juana y le vuelve a proponer que firme la declaración. Ella rehusa diciendo:
< Aunque me saquéis el alma del cuerpo no me retractaré de nada...>
Cauchon da a orden de empezar. Juana lanza un grito de dolor. Se ve que su mano se levanta. Todos creen que ha hecho una señal de que quiere firmar. Un juez presenta el documento a Juana, pero con un golpe de su puño ella lo arroja al suelo. Lo recogen, y Juana exclama vivamente:
<... y si confesara, diré siempre que me lo habéis hecho confesar a viva fuerza.>
96 Juana se derrumba. El verdugo se indina sobre ella. Está desmayada.
97 Entre el verdugo y Massieu se la llevan, mientras los jueces reflexionan sobre el procedimiento a seguir.

98 LA PRISIÓN
Massieu se ha adelantado para advertir a los guardianes de Juana, los cuales a su vez, mandan aviso a Warwick. Prepara el lecho de Juana y, al hacerlo, la coronita se le cae, la mira un instante y luego la arroja a un rincón. Ahora el verdugo y su ayudante entran con Juana. La depositan sobre el lecho y se van. Antes de salir de la celda Massieu ordena a los soldados que se ocupen de la vigilancia.

99 EL LUGAR DEL TORMENTO
Los jueces deliberan. Cauchon sostiene que se debe continuar el tormento y ruega a los jueces que voten en este sentido, pero no hay más que un solo juez que vote en favor de la continuación. Loyseleur es el único que dice:
< ¡Es una buena medicina para su alma! >
Ladvenu lo mira con aversión.

100 LA PRISIÓN

Juana está acurrucada en su mísero lecho. Las cadenas, la brutal proximidad de los soldados, la angustia, la fatiga y el tormento han quebrantado sus fuerzas. Está irreconocible. Su rostro blanco como un lienzo con profundas ojeras. Cuando la escena empieza se ha quedado adormecida a causa de la fiebre. Su respiración es frecuente y dificultosa.

Un solo soldado, de expresión hosca y repulsiva, monta la guardia junto a ella. Juana abre los ojos y dice:

< ¡Tengo sed!>

El soldado la mira hostil y despiadado. Luego toma la taza llena de agua y vierte su contenido en el suelo.

101 EL LUGAR DEL TORMENTO

Los jueces no han acabado sus deliberaciones. Parece que todavía no hayan llegado a un acuerdo sobre si deben proseguir sometiéndola al tormento o no. Pero el maestro Erard recoge la opinión de la mayoría declarando:

< Esta alma está demasiado endurecida... no obtendremos ninguna retractación esta vez... es mejor esperar.>

Cauchon no está del todo de acuerdo con él. Obtener una confesión sería útil aunque más tarde ella renegara de lo dicho. Pero Erard continúa:

<... y quién sabe si se nos quedará en las manos... >

Ante este argumento Cauchon cede. Incluso Loyseleur se ve obligado a admitir que Erard tiene razón y que sería lamentable y contra los intereses de todos ellos que Juana viniera a morir a manos del verdugo, pues en tal caso nadie le podría negar la gloria del martirio.

Deciden, pues, dejarlo y se alejan del lugar del tormento.

102 LA PRISIÓN

Se abre la puerta y entra Warwick que se acerca al lecho, inclinándose hacia Juana, ciertamente no por compasión. Juana abre los ojos un momento y encuentra una mirada fría y hostil. Luego vuelve a recaer en su letargo. Warwick se aleja del lecho y va hacia la puerta que había dejado abierta. Dos médicos, que él ha hecho venir, entran en la celda. Les conduce al lecho y allí profiere estas célebres palabras que permanecerán únicas en la historia por su crueldad:

< Por nada del mundo quiero que muera de muerte natural... he pagado por ella un precio demasiado elevado para permitirlo... >

Los médicos comienzan a examinar a la paciente. Le palpan los ríñones y el costado derecho. Mientras tanto Warwick se aleja y se dirige hacia la puerta.

103 Loyseleur entra diciendo que Cauchon espera en la pieza contigua. Warwick se dispone a salir cuando uno de los médicos se y le dice:

<… La paciente tiene fiebre, es preiso una sangría…>

Warwick parece inquieto y pregunta si es de absoluta necesidad. El médico lo asegura.Warwick and accede añadiendo:

< Sin embargo, tomad precauciones... Podría suicidarse ¡Es tan astuta!>
104 Mientras el médico vuelve al lado de Juana y hace los preparativos para la sangría Warwicksigue a Loyseleur a la estancia contigua donde Cauchon y otros jueces esperan. Cauchon quiere saber noticias de Juana. Warwick contesta de una manera que no deja lugar a dudas:
< Está debilísima…>
Los dos hombres cambian una mirada. Cauchon y los jueces han venido a forzar la confesión de Juana, “bien sea porque temiesen que muriera sin retractarsede nada y así se les escapara, bien sea que este abatimiento de su cuerpo les diera lugar a esperar una victoria más fácil sobre su espíritu…”
Cauchon expone sus intenciones a Warwick. Loyseleur que participa en la discusión propone medios drásticos. Cauchon aprueba la idea de Loyseleur y da orden a Massieu y a otro joven monje de que le sea administrada la Extremaución.
Mientras esto sucede se ven escenas en torno de la paciente a quien se hace la sangría. Uno de los médicos sale y anuncia que la operación ha terminado. La enferma está mejor y puede soportar un interrogatorio sin peligro.
Cauchon, Loyseleur y algún otro asesor entran en la celda. Warwick se queda en la pieza contigua, junto a los médicos.
106 Juana está acurrucada, con los ojos cerrados. Cauchon se acerca a su cama. Inclinándose hacia ella con expresión de benevolencia paternal le toca las sienes. Juana abre los ojos brillantes de fiebre. Cauchon le pregunta con efecto cómo se encuentra. Ella hace un signo con la cabeza acompañado de una débil sonrisa. Su mirada va de Cauchon a los otros. ¿Qué va a suceder ahora? En su rostro se adivina la sorpresa.
107 Cauchon, comprendiendo lo que piensa, la tranquiliza diciendo:
< Hemos venido para consolarte y confortarte… >
Una débil lucecilla de gratitud pasa por el rostro de Juana. Cauchon y los demás asesores se sitúan en torno a la cama, unos sentados, otros en pie. Cauchon, sin abandonar su actitud benevolente y la sonrisa afectuosa, pregunta si Juana no tiene algo que decirle, si no tiene algún deseo. Juana se le queda mirando unos instantes con ojos que la fiebre hace aún más penetrantes. Seguidamente hace un débil alemán afirmativo con la cabeza. Cauchon le coloca la almohada y se acerca para poder escuchar. Juana, con voz débil que la respiración dificultosa interrumpe, dice:
< Temo estar en grave peligro de muerte…>
108 Cauchon le dedica palabras consoladoras como el sacerdote que es, y Juana continúa:
< … Si he de morir, os pido que enterréis mi cuerpo en tierra bendita.>
Juana trata de leer la respuesta en el semblante de Cauchon, pero no ve otra cosa que benevolencia y amor al próximo. Ahora los demás jueces parecen también llenos de compasión y afecto por ella. Se deslizan como sombras en torno a su lecho y, uno tras otro, se le acercan para ajustarle las mantas o tocarle el brazo en el cual se le ha practicado la sangría. Algunos se arrodillan

y oran por ella que se arrepiente de no haberse comportado más amablemente con estos hombres que ahora, al verla en la necesidad, revelan sus verdaderos sentimientos. Tiene confianza en ellos y en Cauchon. Este, que tanto sufrimientos le ha causado, ha dejado ahora la actitud del juez y ha venido a prodigarle bondades y compasión. Y cuando la acaricia el cabello diciéndole:
< *La Iglesia es misericordiosa…*>
Juana sonríe, llena de confianza.
109 Cauchon continúa:
< *Tiene siempre su seno abierto para aquellos que vuelven a ella…*>
Agotada como está Juana no sabe cómo expresar su gratitud y con su pequeña mano blanquísima acaricia la enorme mano de Cauchon que dice con voz meliflua:
<*¿Qué dirías si te administrase la Extremaución?*>
Juana no acierta a dar crédito a sus oídos. Hace un sin fin de preguntas a las cuales Cauchon se limita a contestar con signos afirmativos y sonrisas paternales. Juana necesita expresar su alegría y estrecha entre sus manitas el puño de Cauchon que acerca a su mejilla.
110 Cauchon hace señales a Loyseleur que abre la puerta. Entra Massieu llevando los sacramentos. Cauchon ayuda a Juana a incirporarse en su cama. Ella sigue los preparativos, transportada de alegría y de expoectación, lanzando a Cauchon miradas agradecidas. Exclama radiante:
< *Yo soy una buena cristiana…*>
111 Los jueces allí presentes se arrodillan y ofrecen a Dios acciones de gracias por haber traído al redil aquella ovejita perdida. Juana sonríe feliz. En este instante el escribano le pone delante un documento y le tiende una pluma. Juana mira con estupor el documento al que reconoce como la declaración que le habían propuesto para firmar en la escena del tormento. Su mirada estupefacta va del escribano al documento, y de este a Cauchon.
112 Explica una vez más que todo lo que en dicho documento le es imputado como delito ha sido Dios quien se lo ha ordenado y que ella no puede retractarse sin renegar de su Dios. Cauchon se inclina hacia ella y dice:
<*¿No es la Extremaución un bien inmenso?*>
Juana asiente con la cabeza y en su ademán parece decir que todos sabemos que la Iglesia no posee una joya más preciada.
Cauchon prosigue:
<*…No obstante, tú no podrás gozar jamás de los beneficios de la Iglesia si no te enmiendas de tus errores.*>
113 Con un ademán hace comprendeer a Juana que debe firmar. Uno de los jueces se aproxima para darle la comunión. Juana, sentada en su lecho, bajo el acceso de la fiebre y víctima de las dudas, presenta un aspecto de desamparo y de dolor. Por una parte ve el Sacramento que para ella tiene más valor que la vida misma, por otra parte ve el documento que pretende hacerle admitir haber sido el instrumento del demonio.
114 Como si hablara consigo misma y con su propia conciencia, Juana repite:

<*Yo soy una buena cristiana…*>
Allí sentada, sola contra todos aquellos hombres, es la estampa de la desesperación y el abandono. Todos la miran con atención, ninguno le habla. Finalmente es Cauchon quien rompe el silencio. Hablando con calma le aconseja que firme por la salvación de su alma. Pero Juana ha superado la lucha contra sus propias dudas y le devuelve el documento. Su cuerpo está despedazado, pero su fuerza moral no ha disminuido.
Sigue un momento de estupor y de silencio.
115 Cauchon da con un gesto la orden de retirar el Sacramento. Las lágrimas corren por las mejillas de Juana cuando ve que los sacerdotes se alejan con la Sagrada Hostia. Y asegura.
<*¡Yo amo a Dios!... ¡Yo amo a Dioscon todo mi corazón!*>
116 Loyseleur que ha seguido la procesión hasta la pieza contigua comunica a Warwick el resultado.
117 En la celda la atmósfera ha cambiado de improviso. La cordialidad ha sido sustituida por el hielo, la dulzura por la dureza. Ahora los jueces se dejan llevar por algo que asemeja a la irritación hacia Juana, hacia lo que llaman su obstinación.
118 Juan d'Estivet la reprende con violencia por haber posteergado la salvación del alma a la vanidad. Termina diciendo:
<*Si mueres ahora, morirás como una infiel…*>
Juana, excitada por la tortura moral a la cual ha sido expuesta, contesta con palabras que su santa ingenuidad le sugiere. Pero Juan d'Estivet se complace en el dolor que sus palabras causan en la muchacha y la hiere con las siguientes frases que caen como latigazos sobre ella:
<*¡Tu alma está condenada...*>
y otro juez añade:
<*... al tormento en las llamas del infierno por toda la eternidad!*>
119 Gimiendo bajo el peso de la injusticia y de la maldad que cae sobre ella, Juana, en busca de apoyo, se vuelve hacia Cauchon cuya mano acaba de estrechar contra su propia mejilla, pero este ya no tiene consuelos que prodigarle. Apartándose de ella se limita al decir con frialdad
< *Juana, ¡eres la hija del diablo!*>
120 Ella le mira con ingenuo estupor. Luego es como si un velo se rasgara lentamente ante sus ojos. Ve toda la verdad en un relámpago. Se le ha mentido para engañarla. En el estado de sobreexcitación y de agotamiento en que se encuentra pierde la última serenidad. Su semblante es presa de la fiebre y del éxtasis, mientras un torrente de reproches escapa de sus labios. ¿Será la última llamarada antes de la muerte? ¿Será la locura? Los presentes son conscientes de ser testigos de algo desconocido y extraño. Lentamente se retiran. Cauchon se levanta y se sitúa detrás de la silla.
121 Juana, con los labios espumeantes, sigue vertiendo sobre ellos un río de palabras:
< *Decís que soy la hija del diablo…*>

Y profiere:
<*... pues yo os digo que sois vos los enviados del diablo para hacerme sufrir...*
>
Y, elevándose sobre el lecho, indica uno por uno con el dedo a todos los jueces.
Una tormenta de indignación estalla: « ¡Sacrilegio! ¡Estás poseída! ¡Es monstruoso! » Los jueces que, trastornados y atónitos, se han agrupado, retroceden poco a poco, llenos de estupor.
122 Pero ahora Juana vuelve a caer sobre el lecho, agotada, la respiración entrecortada. Se enjuga la frente con la manga. Hay un momento de absoluto silencio. No se oye más que sus gemidos. Los jueces se miran sin saber qué hacer. Luego se vuelven hacia Cauchon que medita. Será él quien rompa el silencio con las palabras siguientes, dirigidas a Massieu:
< *Ya no queda nada que hacer... ¡Vete a avisar al verdugo!*>
Mientras los médicos, que han entrado durante la escena precedente, se encargan de Juana, los jueces salen de la celda.
123 Cuando llegan al patio del castillo, los rumores de lo que ha sucedido en la celda les han precedido ya. Los habitantes del castillo les rodean para saber noticias y se enteran de que se están iniciando los preparativos para el penúltimo acto del drama.
Los jueces se dirigen por una puertecita al cementerio que se encuentra situado fuera de las murallas del castillo.

124 LA PRISIÓN
Algunos soldados han traído una camilla donde depositan a Juana y se la llevan.

125 EL CEMENTERIO
Se ve a los jueces avanzar en numerosos grupos hacia los puestos que les han sido designados para asistir a la ceremonia que va a tener lugar.
126 Tendida en la camilla, Juana entra en el cementerio.
127 El cementerio es un vasto campo circundado por muros, con pocas tumbas cubiertas de losas, según la costumbre medieval. En aquella época los cementerios se usaban como lugares de reunión para ciertas fiestas y la jurisdicción eclesiástica los escogía con frecuencia para sermones de solemnidad o ceremonias de abjuración a las cuales se quería dar una gran publicidad. Resultaba un escenario teatral, dramático, con fosas y monumentos funerarios. De esta tierra impregnada de muertos se elevaba un color de podredumbre: la pestilencia de la nada, de la piedra, de los cadáveres y de los gusanos.
Ante la nave central de la capilla se alzan dos palcos de terciopelo rojo. En uno toma asiento el tribunal: Pedro Cauchon, el gran inquisidor, y una multitud de asesores vestidos de hábitos escarlata y solideos de púrpura. El otro palco está destinado a la acusada.
128 La pequeña comitiva compuesta por Juana y su escolta de soldados

ingleses avanza lentamente hacia aquel lugar.
129 En toda la extensión del cementerio e incluso sobre los muros se encuentran millares de personas apiñadas. La inmensa mayoría del pueblo es favorable a Juana. Cuando esta aparece en su camilla todos asoman la cabeza para verla. Por su parte Juana trata de leer su propio destino en sus caras. Adivina en sus miradas las simpatía que les inspira. Y ella, que durante meses ha vivido alejada del mundo, experimenta una extraña emoción. Sonríe a las florecillas que la saludan entre la hierba. Casi toca con la mano esta hierba, acariciándola como en sueños. Pero, mirando hacia otro lado, se ve a dos enterradores abriendo una vieja fosa. En esta tierra echada a paletadas ve los gusanos entre las calaveras y siente el horror de la muerte. Medita una vez más sobre las palabras que los miembros del Tribunal le han dirigido y piensa con melancolía en sus compatriotas que parecen haberla abandonado.
130 La pequeña procesión se acerca al palco destinado a Juana. Loyseleur sale a su encuentro para ayudarla. Ella sonríe feliz al ver a este hombre en quien cree tener un amigo. Se le ayuda a sentarse en un banco.
131 Su rostro está blanco como una sábana. Cierra los ojos como si fuera víctima de grandes dolores, inclina la cabeza y deja caer las manos sobre el pecho, indiferente en apariencia a todo lo que sucede en torno suyo.
Erard, Massieu y dos escribanos ocupan un lugar junto a la Doncella.
132 Loyseleur vuelve al gran palco donde se sienta al lado de Cauchon que ahora se alza y declara abierta la sesión.
< *Por última vez, Juana, te pido que abjures. ¿Quieres firmar?*>
Juana permanece inerte, con el rostro inmóvil. No siente nada, sonríe con aire ausente.
133 Uno de los prelados toma asiento junto a Juana y comienza su sermón basado en San Juan Evangelista: “El sarmiento no podría dar fruto por sí mismo si no permaneciera unido a la vida”. A veces temible, otras benévolo, amonesta, amenaza, suplica, insulta a la acusada. La llama traidora astuta y cruel, embustera ávida de sangre humana, hereje, bruja. Según va hablando su cólera aumenta hasta que el torrente se desborda. Es un hombre verdaderamente elocuente.
134 Pero todo aquello parece resbalar sobre Juana sin rozarla siquiera. El pasado y el presente se mezclan en su pensamiento sin que, no obstante, nada de lo que sucede escape a su atención. Mira hacia la tumba abierta. No ve al enterrador, solo ve la tierra que una paletada tras otra va sacando del abismo.
Oye una orden tajante.
135. Allí, por donde la muchedumbre es más espesa, los soldados están abriendo paso para que una carroza pueda pasar. Son el verdugo y sus dos ayudantes que llegan.
136 Erard. enfurecido porque Juana no da ningún signo visible de interesarse por su discurso, alza la voz y lanza con violencia las siguientes frases:
<… *El orgullo de esta mujer es abominable*>
Juana no cambia su actitud. No se mueve.

Erard prosigue con voz temblorosa:
< *Jamás ha existido en Francia un monstruo semejante al que se ha manifestado en la persona de Juana.*>
Hace una pausa, se inclina sobre ella y, con el índice levantado, grita fuera de sí:
< *A ti te hablo, Juana… ¡a ti te digo que tu rey es un hereje!*>.
137 Ahora Juana se vuelve hacia él. Puede tolerar todos los insultos mientras se trate de ella o de su honor, pero la acusación al rey la ofende cruelmente de su amor por Francia y su lealtad al rey Carlos. Se ve la indignación y la cólera en su mirada cuando afirma:
< *A fe mía, señor, y arriesgando mi vida me atrevo a deciros que mi Rey es el cristiano más noble de todos los cristianos…*>
138 Entre los espectadores se oyen murmullos en favor de Juana. Los soldados que codo a codo cierran las filas se vuelven amenazadores.
139 El predicador, confuso por la respuesta de Juana, ha iniciado una discusión, pero ella contesta francamente y él, que acaba por no saber cómo refutar, grita a Massieu:
<*¡Hacedla callar!*>
Los espectadores se burlan de esta escena. La calma vuelve al palco. Massieu ha convencido a Juana de que guarde silencio. El predicador ha llegado al final de su discurso. Indicando a los jueces afirma como ellos han demostrado con toda evidencia que tanto en los actos de Juana como en sus palabras existen puntos contrarios a la doctrina de la Iglesia Católica. Pregunta a la acusada si tiene algo que decir. Juana reflexiona un momento, y mientras los espectadores se empinan sobre la punta de los pies, se levanta y dice:
< *De todo aquello que yo he hecho y dicho no doy a nadie la responsabilidad…*>
Juana respira profundamente antes de continuar. Todos los que la rodean la miran con atención. Prosigue:
<*… Y si hay en ello algún error, es a mí a quien hay que culpar, a nadie más.*>
140 Se sienta tranquilamente pero Erard, habiendo entendido sus palabras a medias e interpretando que Juana hubiese querido decir que estaba dispuesta a retractarse de sus errores, se inclina hacia el escribano que le presenta un documento. Algunos jueces y uno de los secretarios de Warwick se han acercado. Hay, pues, en torno a Juana tal tumulto y confusión que ella apenas sí puede oír.
Sommaire explica:
<*Es la abjuración…*>
Juana no entiende lo que significa. ¿Qué quiere decir “abjuración”? No conoce el significado de esa palabra y se vuelve a Erard para pedirle consejo.
<*¡Aconsejadla!*>
Ordena Erard a Massieu. Este quisiera verse exento de ese deber, pero una mirada de Erard le basta para no insistir más. Advierte, pues, a Juana del

peligro que correrá si se niega. Le dice:
<*Si no firmas, acabarás quemada viva.*>
141 Entre la muchedumbre que les rodea retumba la palabra “quemada” que vuela de boca en boca. Pero bajo la tribuna, en torno de Juana, gritos y palabras se entrecruzan. Juana consulta con Massieu, y él le responde que si la Iglesia le ordena que firme, debe hacerlo. Una vez más Juana se vuelve hacia Erard y le pregunta si debe abjurar. Erard contesta:
< *¡O abjuras ahora mismo o serás quemada!*>
Y con un gesto indica al verdugo que en aquel momento se aproxima a una señal de Warwick. Ahora Juana comprende que le reservan una muerte horrenda y siente miedo. Jesucristo mismo tuvo miedo cuando vio que había llegado su hora. El temor se ha apoderado de su alma e influye tanto en su sensibilidad como en su criterio. Bajo la amenaza de la ira considera lo que le proponen. Sin siquiera ser consciente de ello, su mirada vuelve a la tumba. Ve una paletada tras otra salir del abismo. Aparece un trozo de cráneo humano entre los terrones. En las cuencas se retuercen los gusanos. Los espectadores gritan:
<*¡Firma, Juana, firma!*>
142 Pero ella no les oye. Respira con dificultad. Siente vértigo. Su mirada vacía se posa sobre los que la rodean como alguien que vuelve en sí de un desmayo y no sabe dónde se encuentra. Con una voz casi imperceptible para los demás dice en un murmullo:
< *No he hecho nada malo… Creo en los doce artículos de fe y en los diez mandamientos de la ley de Dios.*>
143 Hasta el corazón de Erard se enternece en presencia de tanta desolación. Cambia el tono y su voz se hace dulce:
< *Juana, sentimos gran compasión por ti.* >
Warwick hace una señal al verdugo que se acerca, llevando una cuerda en la mano.
144 Ahora Loyseleur sube y se coloca al otro lado de Juana, diciéndole en voz baja:
< *No tienes el derecho de morir… todavía tienes que combatir por Francia y por su rey.*>
Juana siente como un golpe en el corazón al oírle pronunciar el nombre de su patria y de su rey, que son todo para ella y que no están jamás ausentes de su pensamiento.
145 Los espectadores siguen con simpatía y ansiedad lo que sucede en la tribuna. Aquellos que, por estar más próximos, han sido testigos de su angustia, le hacen promesas doradas con tal que consienta en firmar. El grito de “¡Firma, firma!” pasa de boca en boca y Loyseleur la presiona vivamente para convencerla de que debe seguir estos consejos.
Juana está estupefacta, ya no comprende nada. Sus ojos interrogan con ansiedad a la gente que la rodea. En su cara se lee la incertidumbre más cruel. Ha llegado a un punto en el cual empieza a ceder a esta presión irresistible. Y

cuando, en este preciso instante, el verdugo se alza ante sus ojos, se rinde.
146 Lanza en torno suyo una mirada acorralada, luego se arrodilla lentamente y baja la cabeza. Sommaire toma el documento que habían presentado a Juana para la firma y lo lee en voz alta, frase por frase. Y frase por frase Juana repite sus palabras, pero sonríe débilmente y habla de un modo extraño y mecánico que prueba que está ausente y absorta en sus propios pensamientos. Durante la lectura, Erard hace señas al palco grande de que Juana quiere firmar. La tensión llega al máximo entre los espectadores.
La lectura ha acabado. Juana se levanta. Erard le pone una pluma en la mano. En torno a ella reina extraordinario nerviosismo. Todos parecen tener que Juana va a morir.
147 Pero ella está como el que ha escapado a un peligro inminente; en un caso así la reacción se manifiesta como un gozo desbordante, parecido a la alegría.
148 Explicando que no sabe escribir, dibuja un círculo. Pero Erard no se da por satisfecho con eso. Entonces se acerca Loyseleur que guía la mano de Juana para hacerla escribir la palabra "Jehane" seguida de una cruz. Una vez que Juana ha firmado, Erard, triunfante, agita eh el aire el documento que pasa de mano en mano hasta llegar a Loyseleur que, con voz alegre, dice a Juana:
< *Hoy has hecho una buena labor… ¡Hoy has salvado tu alma!*>
149 Y se precipita a entregar el documento a Cauchon.
La atención entre los espectadores se ha transformado en exclamaciones de alegría. Pero algunos soldados ingleses, que han visto a Juana sonreír, avanzan hacia ella y, dirigiéndose a los sacerdotes que la rodean, exclaman con grandes voces:
<*¡Ella no ha hecho más que burlarse de vosotros!*>
Pero los sacerdotes los rechazan. Cauchon una vez recibido el documento, hace ademán a Juana de que se aproxime a escuchar la sentencia.
Apoyada en Massieu, Juana baja de la tribuna. De entre los espectadores se destaca uno que, llevado de su entusiasmo, se lanza a gritar:
<*¡Viva la Doncella!... ¡Viva Francia!*>
Dos soldados se vuelven rápidamente, penetran en la masa humana, echan mano al desgraciado que se ha atrevido a expresar sus sentimientos patrióticos y se lo llevan.
151 Juana llega ante la gran tribuna de los jueces. Cauchon recibe de manos de su secretario el documento y comienza a leerlo en voz alta:
< *Dado que, al fin, has revocado tus errores, te absolvemos por la presente de la excomunión de la Iglesia…*>
Cauchon hace una breve pausa. Juana permanece en pie ante los jueces con las manos cruzadas. Una sonrisa agradecida se dibuja en su rostro. Inclina la cabeza para ocultar su alegría.
Luego Cauchon prosigue:
<*… pero por haber pecado temerariamente, te condenamos…*>
Juana alza la mirada con expresión sorprendida y angustiada. Cauchon acab

su lectura:
<…a la prisión perpetua con el pan del dolor y el agua de la angustia…>
Juana queda estupefacta unos instantes como si no lograra entender el sentido de lo que acaba de oír. Tiene la sensación de que el corazón le cierra la garganta. Sus ojos son los de un animal perseguido. Oculta la cara entre las manos y llora. Con un gesto Cauchon da orden de que se la lleven. Se la ve alejarse vacilando, apoyada en el brazo de Massieu.

152 LA PUERTA QUE DA AL PATIO DEL CASTILLO
153 Juana encuentra a los dos soldados que anteriormente habían dicho que ella se burlaba de los jueces. La insultan con palabras groseras y Massieu tiene que protegerla.

154 LA PRISIÓN
Juana vuelve a su celda acompañada del carcelero. Este le hace sentarse en un taburete y empieza a cortarle el cabello. Otra vez Juana se siente llena de angustia, una angustia opresiva. Aunque llorar le cuesta un esfuerzo, llora constantemente, en silencio, sollozando. Cuando las lágrimas le dan un momento de tregua, murmura:
<¡Ay, que cansada estoy…!>
Pero el carcelero solo se ocupa de su tarea. Los cabellos caen al suelo. Juana llora sin cesar. Todo lo que acaba de suceder en el cementerio pasa ante sus ojos, pero ahora ve los distintos episodios bajo otro ángulo, advierte entre ellos una concatenación mucho más clara. Comprende que ha sido el miedo a la muerte lo que le ha hecho perder la serenidad. Considera lo que acaba de hacer como el mayor pecado de su vida, no se perdona el haber mentido por temor de morir. Las lágrimas, que anegan el torrente casi exhausto de sus ojos, son amargas, mientras se pregunta cómo expiará su pecado, como podrá reparar el mal que ha causado. Se vuelve hacia el carcelero y hay algo suplicante en su mirada cuando repite:
<¡Ay, que cansada estoy…!>
El carcelero murmura unas palabras incomprensibles. No hay que esperar piedad de su parte. Juana se siente como una proscrita. ¿Puede darse para una mujer mayor humillación que la de verse privada de sus cabellos? Y a pesar de todo, Juana es mujer. Por fin, el corte de pelo queda terminado.
155 Juana se levanta y se sienta sobre la cama. Es como si estuviera a punto de caerse por falta de sueño y da la impresión de hacer maquinalmente lo que se le ordena. Instintivamente se toca la cabeza, tiembla, se mira las manos con espanto como si las tuviese sucias. Siente vergüenza. ¿Qué es lo que ha hecho? Ha negado a Dios. Piensa en las negaciones de Pedro, en aquella negación hecha por tres veces antes del gallo del canto del gallo.
156 El carcelero, después de haberla dejado sola un instante, vuelve con una escoba. Casi inconsciente, Juana sigue con una sonrisa melancólica el movimiento de la escoba que barre sus cabellos cortados --los cabellos de Orleans y de Reims. El carcelero los amontona para hacerlos desaparecer.

Mira en torno para ver si queda algo en la celda que haya que quitar de en medio y ve la corona de paja trenzada, la corona del martirio que ha rodado a un rincón. Juana ve la escoba que se apodera de su corona. ¡Hasta eso! En ese pequeño incidente, Juana ve como un signo de Dios y deplora amargamente el esplendor perdido por la abjuración.
El carcelero se va. Juana queda sola, pensando detenidamente en lo que ha hecho. Este documento firmado por su mano es una abjuración, la negación de Dios. ¡Cómo desearía ahora poder romperlo en mil pedazos! Está espantada por la enormidad de su culpa. Toda su alma está llena de remordimiento. Enrojece. Hace señales de que no, moviendo la cabeza enérgicamente . Se golpea el pecho con el puño. Se siente perdida para siempre, abandonada de Dios. Levanta la cabeza con los ojos extraviados. Piensa en el infierno. Se alza como para gritar su arrepentimiento, pero de pronto le asalta el recuerdo del verdugo, de la hoguera que ha de quemar su carne, y vuelve a caer sentada en la cama. Allí está vacilante, torturada, la cabeza entre las manos.
Se abre la puerta y vuelve a entrar el carcelero. Ahora Juana se levanta, su decisión está tomada. Se precipita hacia el carcelero gritando:
<¡Que vengan los jueces!... Me retracto… Me arrepiento… He mentido…>
Lo mira con los ojos llenos de lágrimas, empujándole para que salga a avisar a los prelados. Se siente presa de una angustia mortal, teme que una nueva acometida del miedo y la debilidad le sobrevenga antes de haber podido llevar a cabo lo que ha resuelto. Sabe que ello significará probablemente la muerte, pero se siente con la fuerza suficiente para enfrentarse con ella y ahora, una vez dado el primer paso, vibra de impaciencia. Está cansada de tanto luchar y tiene prisa por acabar.
157 Los espectadores de la escena del cementerio no han regresado aún a la ciudad; han acampado en una extensa llanura donde hay puestos que venden sidra y otras bebidas. Se sientan sobre la hierba formando grupos familiares, se reúnen en torno a las cantinas mientras los jóvenes bailan y cantan acompañándose con música
Alternando con las anteriores escenas en la cárcel se muestran breves imágenes de esta vida popular: el oso danzante, acróbatas, títeres, el músico ambulante, caballitos de madera, el maestro de ceremonias, el viejo del tonel suspendido de la vara que lleva a la espalda, reflejos en el agua, el hombre-orquesta, la zarabanda, los puestos de venta de aves, el enano, el contorsionista.
Intercaladas a las siguientes imágenes de la cárcel aparecen otras con los preparativos de la pira que están montando en el patio del castillo. Un hombre lleva leña a la hoguera, una rueda desprendida de un carro, caída entre las astillas, etcétera.
El carcelero encuentra a Cauchon en el patio, conversando con Warwick, y le comunica brevemente lo ocurrido en la celda. Warwick y Cauchon cambian una mirada significativa. En ese mismo instante Loyseleur sale de la capilla. En pocas palabras Cauchon lo pone al corriente de la situación y le encarga

reunir a algunos jueces y escribanos.
Mientras tanto Juana espera impaciente en su celda. Es natural que su carácter se rebele contra tal sacrificio. Una profunda desesperación la invade. La reacción nerviosa que se produce en ella le hace sentir frío, castañetear los dientes. Se retuerce los dedos hasta que se le ponen blancos.
Finalmente entra Cauchon seguido de varios jueces y escribanos. Encuentran a la muchacha con la cara descompuesta y bañada en lágrimas. Han conseguido acabar con una pobre muchacha de veinte años.
Durante la escena que sigue Cauchon irradia en torno suyo un aire benévolo y satisfecho. En contraste con su estado anterior está ahora tranquilo y ecuánime. Siente gozo, pero no es un gozo maligno. ¡Tiene a la presa en su mano!
Se sientan y Cauchon pregunta a Juana para qué les ha mandado llamar. Sollozando, pero no obstante con aire resuelto, contesta ella:
<*He cometido un grave pecado…*>
Se interrumpe, ahogada en sollozos.
161 Los jueces la consuelan e intentan apaciguar su dolor de modo que pueda continuar:
< … r*enegando de Dios para salvar mi vida…*>
Los jueces se miran. Ninguno de ellos tiene el corazón tan endurecido para no sentirse impresionado por el sincero dolor de esta joven.
162 Incluso el mismo Cauchon está conmovido. Pasa un momento antes de que él hable; por fin dice:
<*¿Entonces todavía crees ser la enviada de Dios?*>
Juana asiente.
163 Los jueces se vuelven a mirar. El escribano alza la cabeza de su libro. Escruta la expresión de los jueces, luego mira a Juana y anota al margen de su borrador: “respuesta mortal”. Cauchon se ha levantado. Por muy embotados que estén sus sentimientos humanos, sin embargo le repugna condenar a la hoguera a esta muchacha que pide ella misma la muerte. Y con voz amable le dice:
< *Pero, Juana, delante del pueblo has reconocido la inspiración del demonio.*>
Juana, que poco a poco ha logrado dominarse, no responde al instante. Solamente cuando algunos jueces la presionan para obtener una explicación, exclama:
<*¡Todo lo que he hecho, ha sido por miedo a la hoguera!*>
Cauchon consulta en voz baja con los demás, pero se da cuenta que todos consideran inútil continuar. Luego dice:
<*¿Tienes algo más que decir?*>
Juana sacude la cabeza. Los jueces se levantan para salir. Cuando Cauchon llega a la estancia contigua de Warwick, que acaba de subir la escalera y que interroga con la mirada al prelado cuando éste sale de la celda de Juana. Cauchon se limita a decir:

<Esto ha acabado.>
Warwick recibe la noticia sin muestras de sorpresa.
Los jueces, mientras tanto, han empezado a descender la escalera. Cauchon detiene a los dos últimos que son Ladvenu y Massieu. Les da una orden en voz baja.
Los dos monjes entran en la celda donde encuentran a Juana sentada con las manos en el regazo. Ahora está serena y tranquila. ¿En qué piensa?¿ En su casa de Domrémy? ¿O en la muerte, tal vez? Massieu y Ladvenu se quedan en el umbral. Juana no los ve, tan absorta en sus pensamientos se halla. Se aproximan a ella con pasos discretos como instintivamente se hace en una casa que la muerte ha visitado. Ladvenu la llama. Juana alza la vista, sorprendida de verlo punto entonces dice Ladvenu:
<Juana, hemos venido a prepararte para la muerte.>
Reina un silencio tan absoluto que, durante un instante, se oye la respiración de Juana.
Con voz apenas perceptible dice ella:
<¿Es ahora… es ahora ya?>
Ladvenu, luchando con las lágrimas que le velan la voz, responde que sí. De nuevo hay un largo, larguísimo silencio. Luego pregunta Juana (y es como si temiese la respuesta):
<¿Qué muerte?>
Ladvenu, ahogado por la emoción, no puede hablar. Hace seña a Massieu de que conteste por él. Massieu responde:
<En la hoguera.>
Un ligero estremecimiento pasa por el rostro de Juana, pero en su alma ya no existe ninguna duda. Ha dejado de luchar.
165 Ladvenu, que ha conseguido dominarse, da una orden en voz baja a Massieu. Este sale rápidamente y entonces dice Ladvenu a Juana:
<¿Cómo puedes seguir creyendo que Dios te haya enviado?>
Juana tiene la sonrisa de superioridad del que penetra el más allá al responder:
<¡Sus caminos no son los nuestros!>
Y después de una pausa añade:
<Sí, ¡yo soy su hija!>
Ladvenu, conmovido por una fe tan inconmovible, dice poco después:
<¿Y la gran victoria?>
Juana lo mira como preguntándose cómo puede hacerse una pregunta tan tonta, y contesta:
<…mi martirio…>
Ladvenu asiente, la mira como se miraría a una santa que bajara a la tierra. No obstante, aún quiere hacer otra pregunta:
<¿… y tu liberación?>
Juana contesta con una expresión de éxtasis en los ojos:
<¡… La muerte!>
Su pureza, su sincera fe en Dios casi ciega a Ladvenu que se alza. Da algunos

pasos. Siente piedad por esta pobre Doncella, está preocupado por este alma en peligro que no puede salvarse ya. Se vuelve hacia Juana y le pregunta si quiere confesarse. Ella acepta agradecida y se arrodilla.
166 Massieu ha ido a llevar el Santo Viático. Un cortejo de clérigos revestidos de casulla y estola, con velas encendidas en las manos, sale de la capilla y avanza salmodiando letanías, mientras atraviesa el patio.
167 Todos los que se encuentran en el patio del castillo se arrodillan; las mujeres lloran sin cesar. A cada invocación, los clérigos responden:
<¡Rogad por ella!>
168 El cortejo sigue hasta la celda de Juana, donde ésta se prepara a recibir la Comunión. Tomando entre los dedos la Hostia Consagrada, Ladvenu la presenta a Juana diciendo:
<¿Crees que este es el cuerpo de Cristo?>
Juana comulga con devoción admirable, vierte abundantes lágrimas en el encuentro con Aquél del cual estuvo privada por tanto tiempo. En el ímpetu de su corazón alza la voz e ingenuamente dice a Jesús plegarias dulces y conmovedoras.
Mientras tanto la puerta de la celda ha permanecido abierta.
169 En el vestíbulo aparece Loyseleur. Escucha el coloquio de la pobre muchacha con su Salvador y queda profundamente conmovido. Finalmente las lágrimas asoman también a los ojos de este hombre que, temiendo no ser capaz de vencer su emoción, sale precipitadamente.
170 La solemne ceremonia ha acabado. Los monjes se van.
171 El cartelero entra; trae un hábito blanco que la acusada tiene que llevar puesto.
172 Mientras tanto, entre la gente reunida en la plaza detrás del cementerio corre el rumor de que Juana se ha retractado de su abjuración, y la multitud vuelve hacia el castillo, penetrando por el puente levadizo al patio, donde los soldados ingleses la canalizan y la concentran en un ángulo. A través de la puerta abierta se ven centenares de curiosos que trepan a los árboles y a la balaustrada del puente para lograr asistir aunque solo sea a una pequeña parte de este importante acontecimiento.
173 Alternando con las anteriores se ven breves escenas de la prisión. Juana viste ya el largo hábito blanco. Tiene los pies descalzos. La calma que había mostrado antes parece haber desaparecido de nuevo. Reza y llora sin cesar. Ladvenu y Massieu han vuelto a la celda y se la llevan entre ellos.
174 Juana ya llega al patio. El efecto que produce en muchos de los presentes, así vestida de blanco, es el de una aparición divina. Una anciana le ofrece una taza de leche y se arrodilla llorando. La pobre criatura que necesita más que nadie ser confortada, trata de consolar a la mujer, pero los soldados ingleses intervienen para poner fin a la escena.
175 En el centro del patio ha sido alzada la pira. El poste al cual se atará a la víctima sobresale de un montón de leña preparada sobre un pedestal de piedra. Es preciso que miles de personas puedan ser testigos del hecho: que la

Doncella está verdaderamente muerta. Sobre el poste hay un cartel con la siguiente inscripción: <*hereje, renegada, apóstata, idólatra.*>
Hay además un palco para los jueces y para la nobleza inglesa, como también otro reservado al predicador y a los espectadores.
176 Después que Juana ha sido conducida a la pira, uno de los jueces, Nicolás Midi, se levanta y comienza su sermón:
<*¡En el nombre del Señor, amén!*>
177 Juana oye su voz como si viniera de muy lejos. Llora sin cesar observando los últimos preparativos del verdugo. Lo ve encorvado sobre
178 su brasero y luego, con un cuchillo en la boca, desenrollar la cuerda con la cual la atará al poste.
179 Nicolás Midi continúa su sermón:
<*… Declaramos que es nuestro deber separarte del cuerpo de la Iglesia como un miembro corrompido.*>
El predicador se dirige directamente a Juana que escucha atenta e inconscientemente hace una señal con la cabeza. En ese instante ve una bandada de palomas que vuelan hacia lo alto. Nicolás Midi termina su breve alocución con estas palabras:
<*Juana, vete en paz… ¡La Iglesia ya no puede defenderte!*>
Juana, que hasta el final conserva el respeto a los ministros de la Iglesia, le hace una inclinación de cortesía y reconocimiento.
180 Juana ora en voz alta:
<*Dios mío, acepto de todo corazón mi muerte…*>
Su rostro se hace más grave, más doloroso mientras prosigue:
<*… Pero te pido que, si me amas, no me hagas sufrir mucho tiempo…*>
181 Su lamento dulce e intenso resuena en el silencio de la plaza. todos han contenido la respiración para recoger las últimas palabras de la condenada a muerte, todas las miradas se fijan en ella, espiando sus menores movimientos. Están profundamente conmovidos de la sencillez que muestra frente a la muerte. Muchos lloran e incluso los soldados ingleses tienen lágrimas en los ojos.
182 Terminada la oración, Juana dice a Ladvenu, los ojos anegados en lágrimas:
¿Dónde estaré esta noche?
Ladvenu le recomienda tener confianza en Dios, pues con la ayuda del Todopoderoso tendrá un lugar en el Paraíso. Los soldados ingleses se impacientan y uno de sus jefes se acerca al palco para decir:
<*Eh, Pater, ¿hasta cuando nos vas a tener aquí?*>
183 Ladvenu insiste afirmando su derecho de preparar a la muchacha a bien morir. En el mismo instante Massieu le viene a traer un pequeño misal. Ladvenu dice a Massieu:
< *Juana solicita una cruz para tenerla en el momento de morir.*>
184 Ladvenu da a Massieu la orden de ir a buscar una cruz a la capilla y con el pequeño misal en la mano lee las oraciones por los condenados a muerte.

Uno de los soldados ingleses ha oído lo que Ladvenu ha dicho a Massieu y escoge dos palos del haz de leña preparada para alimentar la hoguera juntándolos de manera que formen una pequeña cruz.

185 Juana que ha seguido los movimientos del soldado se siente conmovida por el gesto. Recibe la cruz con amor y respeto, la cubre de besos.

186 Mientras tanto la paciencia del capitán inglés ha llegado al límite. Para acabar de una vez ordena el verdugo que cumpla su cometido.

187 Massieu vuelve con el crucifijo de las procesiones. Lo presenta a Juena que lo toma con las dos manos reflejando felicidad inefable, lo besa llorando y le dirige una fervorosa oración.

188 Juana ve al verdugo que ha subido por otro lado, dispuesto a atarla al poste. Se le cae la cuerda y ella la recoge. Brutalmente la atan al poste.

Ladvenu permanecen en el escalón más alto. Accediendo a la petición de Juana sostiene ante ella el crucifijo con objeto de que pueda tener constantemente a su Salvador ante los ojos. Después de haberla atado al poste, el verdugo baja. Ladvenu no cesa de repetirle palabras consoladoras.

Ahora, en torno a ella, no se oyen más que sollozos. Loyseleur llora e incluso el mismo Cauchon. El verdugo ha acabado sus preparativos.

189 Ya tiene en la mano la antorcha con la cual prenderá fuego a la hoguera.

De repente Juana ve el fuego, pero su primer pensamiento no es para sí misma. Piensa solo en Ladvenu que parece olvidado del peligro al cual está expuesto. Juana le grita:

<*¡El fuego! ¡Baje pronto!*>

191 Pero le recomienda que mantenga la cruz bien alta ante sus ojos hasta el último instante.

192 Las llamas crepitan y se alzan.

193 De pronto, en toda la plaza hay un silencio de muerte. Es un silencio opresivo. No se oye más que el crepitar del fuego y los padre-nuestros que los sacerdotes murmuran. En medio de este silencio agobiante, algunos espectadores se arrodillan, otros siguen su ejemplo. Muchos encienden cirios.

194 Las llamas prenden de un haz a otro. Avanzan por cavidades y caminos ocultos entre los leños. Las chispas revolotean, el humo se arremolina. A través del humo, que de vez en cuando oculta a Juana, se ve una parte del su
195 rostro vuelto hacia el cielo y sus labios que murmuran plegarias. Sus ojos buscan el crucifijo que Ladvenu sigue sosteniendo en alto hacia ella, este Cristo que está como ella envuelto en el humo.

196 A través de esa cortina de humo Juana acierta a ver al verdugo atizar el fuego

197 Y a un soldado de rodillas que trata de acercarse a la hoguera para echar la corona del martirio al fuego.

198 Y ve a Massieu con un hisopo rociando la hoguera con agua bendita

199 Los jueces, mientras, se han ido alzando. No está permitido a los religiosos asistir a una ejecución, pero su partida parece más bien una fuga. La mayoría de ellos tienen los ojos llenos de lágrimas. Se alejan haciendo la señal

de la cruz.
200 Los soldados ingleses abren camino entre la multitud pero, a medida que los sacerdotes se acercan, los espectadores se alejan espontáneamente para evitar su contacto. En todas las caras se lee el desprecio y por todas partes se oyen insultos contra los traidores.
201 Ahora las primeras lenguas de fuego llegan hasta lamer los pies de Juana. Ella se estremece. Las cosas de la tierra desaparecen para ella, ya no piensa más que en el divino Rey. A pesar del horror y el dolor, ella no olvida a su Señor Jesucristo --o más bien es como si ella se fuera acercando a Él cada vez más, a cada segundo que se aproxima a la muerte-*"¡Jesús!"* comienza a gritar en su lenta agonía.
202 La muchedumbre repite llorando el nombre de Jesús.
203 Las lenguas de fuego, cada vez más largas, más numerosas, más voraces, la rodean.
204 La soga que la ata al poste empieza a arder.
205 El espanto le hace perder a Juana la serenidad. –*"¡Jesús!"* grita en medio de sus sufrimientos.
206 Los ecos del patio triste y silencioso repiten su grito. Los presentes oran a coro mientras las mujeres lloran y gimen:
<¡Intercede por nosotros pobres pecadores!>
Otros continúan:
<¡Ahora y en la hora de nuestra muerte!>
207 La túnica de Juana es ya presa de las llamas y arde hasta la rodilla. Sus pies se están quemando.
208 Pero el verdugo sigue atizando el fuego y echando más leña a la hoguera. Reina un silencio impresionante, un silencio de infierno.
209 Juana grita *"¡Jesús!" "¡Jesús!"*
210 Pero los presentes, paralizados en estos últimos segundos por la vista de la hoguera y por los gritos de Juana, permanecen en un estado de éxtasis y de terror. Ya se oyen algunas exclamaciones de indignación y de ira dirigidas contra los opresores. Los soldados ingleses toman una actitud amenazadora.
211 Las llamas suben cada vez más altas.
212 El cartel fijado en el poste, sobre la cabeza de Juana, se prende y cae a la hoguera
213 Se tiene una última visión de la cara de Juana distorsionada por el horror. Pronuncia una vez más el nombre de Jesús, inclina la cabeza y expira. El tumulto entre los presentes aumenta, los puños cerrados se alzan.
214 Se oyen amenazas. Una voz cualquiera, dando libre salida a lo que todos están pensando, grita:
<¡Habéis quemado a una santa!>
Otros repiten el grito que no tarda en salir de todas las gargantas.
215 La cuerda que la ataba al poste cae calcinada, hecha cenizas. El cuerpo de Juana vacila y se va hundiendo en la hoguera.
216 A una seña de Warwick los soldados ingleses, a golpe de lanza, desalojan

el patio del castillo, hacen salir al gentío por la puerta y el puente levadizo que se alza. Muchos son los que caen víctimas de la brutalidad de los soldados, y algunos perecen aplastados.

217 El humo rodea a Juana y la oculta formando una columna.

218 Obedeciendo órdenes de Warwick, el verdugo dispersa el fuego. Normalmente no debería quedar nada de Juana, pero, no obstante, ¿qué es aquello? El corazón de la muchacha está intacto. Lo muestra a Warwick y luego echa aceite al fuego, pero el corazón rehúsa quemarse. El verdugo trata en vano de quemarlo sirviéndose de azufre y de carbones; la llama se levanta guiada por su mano experta, pero cuando el fuego vuelve a decaer, el verdugo se encuentra otra vez con el corazón intacto. Convencido de ser testigo de un prodigio evidente, lanza una mirada interrogante a Warwick que responde brevemente:

<¡Arroja todo eso al Sena!>

El verdugo se arrodilla ante Ladvenu presa de un violento dolor porque teme estar condenado por haber quemado a una santa.

<Hacia el atardecer, el corazón de Juana es arrojado al Sena --este corazón que desde entonces se ha convertido en el corazón de Francia, al igual que la propia Juana era la encarnación de la Francia eterna.>

* * *